UN PINTOR ANTE SI MISMO

PENSAANDO SOBRE MI FORMACION, EN VOZ ALTA

Palabras extraídas de la conferencia dictada en la Biblioteca Luis-Angel Arango, sobre "Pintura Uruguaya y Pintura Americana de Hoy", en la muestra de Arte Actual Suramericano.

Escribe: JORGE PAEZ

Al hablar del desarrollo de mis propias ideas y del proceso seguido en consecuencia por mi pintura, pretendo solo justificar lo que puede entenderse como un estilo o una característica de inquietud cultural, que ha sido y es propia de toda una generación de "hombres de búsquedas", más que de encuentros casuales, a la que podría denominar como "promoción de la esperanza", porque comprende voluntades que analizan, trabajan, piensan, argumentan, y sabe dar luego forma plástica final a los pensamientos, en un orden de planteos profundos, exigentes, siempre respetuosos de la tradición y consecuentes con las demandas de su hora histórica. Me siento consecuentemente incluído en esas filas de la lucha por crear y divulgar las formas nuevas, entendiendo el *Arte como un hecho de vivida y asimilada cultura* y no como un vocablo que se emite caprichosamente al amparo tan solo de vientos propicios pasajeros.

Como un trabajador tenaz, fui en el tiempo, acumulando experiencias, en el diario y necesario ejercicio del dibujo y de la representación de la naturaleza, fuente inagotable de presencias. Comprendí desde el principio que para "deformar", había primero que saber formar, es decir traducir y seguir con fidelidad la elocuente escritura de los paisajes y objetos íntimos que rodeaban mi existencia. Acumulé en el rincón del taller "naturalezas muertas", retratos y ejercicios al aire libre, que traducían con el paso de los años, las diversas maneras de interpretación que iban surgiendo de esa cada día más madura comprensión de los problemas que me planteaba frente al motivo. Así, de aquellas primeras y prolijas visiones del mundo circundante, fueron quedando poco a poco, las inteligencias con las grandes formas o las estructuras, entendidas las cuales me propuse luego penetrar en el misterioso mundo de la luz y su incidencia como fenómeno-color, la luz-forma, la luz-espacio.

También otro día, en el remolino evolutivo, llegué a entender ese color como elemento formal, como pieza constructiva, y las manchas tomaron el lugar y la función del ladrillo en la construcción, del punto en el tejido.

Una trababa y se afirmaba en la otra, hasta que el cuadro, el todo final, se convertía en un armónico discurso, lleno de anotaciones coherentes, en la vía ya de una sentida abstracción.

El pincel iba siendo reemplazado por la espátula, el dedo, la mano, el gesto impetuoso; y la materia comenzaba a surgir dominada, llena de nervio vital.

En aquel momento en el que yo y tantos otros, pintábamos en silencio, urgando en nuestras secretas angustias, matizando esa vida de laboratorio con visitas a los artistas más maduros que se ubicaban en la misma postura, sintiendo el clima de una fundamental revolución, también se levantaba como un faro luminoso, Joaquín Torres García, que fundaba el Taller de Arte Constructivo, virando vertiginosamente los conceptos pasatistas de las estéticas en boga (paisajes postalescos y retratos perfumados) con su palabra convencida y convincente, su acción completa, sus libros, conferencias, y con su pintura, que es lo más importante que deja como legado y fuente de estudios a las generaciones contemporáneas o a las que recién nacían en aquel feliz instante de reoxigenación para nuestro ambiente. La Escuela de Bellas Artes perdía gravitación y trascendencia por la falta de un sentido de evolución que diera satisfacción a las demandas de un estudiantado que ya se informaba de los movimientos nuevos europeos. Y en la tercera posición activa estábamos nosotros, los "francotiradores" que transitábamos libremente sirviendo solo la bandera de ideales muy particulares, sin identificarnos con escuelas ni academias, como ardorosos amantes de esa soñada meta: la libertad de expresión, basada en las posibilidades conquistadas con el oficio, pero de una gestulación anímica nueva y con un apetito de cultura que nunca se saciaba.

Ya conocíamos la existencia de Paul Klee, con su fantástico mundo de creación íntima, sabia, absoluta, plena de un renovado humanismo, en la poética de lo simple, de lo inteligentemente ingenuo y de lo que es más, en la eclosión de esa actitud del hacer libremente, respondiendo a esas ecuaciones psico-físicas que procurábamos. El era para nosotros una de las referencias más alentadoras, porque en el fondo era un libre-pensador y un libre-observador, que extraía del universo los signos y visiones que le permitían inventar un lenguaje rico y personal.

Por otro lado, se habían superado ya las ideas de André Lothe Ozanfant de que tanta influencia tuvieron en su momento en la formación de los pintores uruguayos de hace veinte años. El reloj nos estaba anunciando otros aconteceres en lo social, en lo técnico, en lo científico. Y nuestra aún frágil personalidad comenzaba a tonificarse ante los ejemplos que nos venían de extramuros, y que servían de referencia para darle validez a ciertas experiencias intuitivas y que consolidábamos en ese continuo explorar con el color y las formas. Con los años vimos aparecer en el escenario a los amantes del concretismo, varias décadas después que Mondrian se había manifestado en el Stijl. Más tarde presenciamos el devenir de hechos auténticamente positivos señalados con elocuentes mojonos en la historia del arte contemporáneo, que en síntesis pueden llamarse Nicolás Stael o la valorización de la mancha como un hecho expresivo en sí mismo, Jackson Pollock, torrente de vitalismo y espontaneidad, Wols, padre del informalismo, diciendo en una pintura de angustia y protesta que

el arte de su prédica es tan natural y humano como el gesto, la sonrisa, el dolor, el coágulo. Después(Hartung, Dubuffet, Appel, Corneille, Jorn, Tapiés, todos ellos y tantos más, fueron agregando cuentas al collar de nuestras miradas, hasta conformarnos un inventario de conquistas reales, cada uno en su "cosa", entregándonos su fórmula y hallazgo para que sacáramos las consecuencias de sus aportes y mantuviéramos vivas esas victorias de la expresión y la plástica. Con ese caldo de cultivo y sensible ante esos aconteceres que se sucedían con mi crecimiento cultura, fui a Europa varias veces para conocer de cerca los valores que estaban tan vinculados a mi sensibilidad, a mis intenciones creativas. Conocí el pensamiento y la obra de los viejos maestros con los que conversé y discutí largamente: Vlaminck, Matisse, Dufy, Grubber, etc., o me acerqué a valorizar a los más jóvenes, que en resumen estaban escribiendo la página más clara para mí, entre ellos los integrantes del grupo Cobra, sobre todo los nombrados Appell y Corneille, volcados a la pintura vital, y luego en el expresionismo otro. Tuve así, como casi todos los pintores "amores de estudiante" y mi obra supo en los últimos años de la notoria influencia del Cobra, aunque los resultados de los planteos mostraban a medida que más a fondo entendía la postura de esos activos artistas, que mis signos, mi color, mis espacios, mis soluciones técnicas, daban en la suma un resultado personal y que siempre sabía de la presencia transformada de la naturaleza de mi tierra. Esa tierra que nunca estuvo alejada de mi visión, porque a ella recurrí fielmente buscando en el paisaje de las playas de oro y cromos, con los cielos transparentes y rocas lustrosas que rodean el país y mis días, ese potencial inspirador para partir hacia los hechos creativos e interpretativos más ambiciosos. De esta manera, aquel pintor de naturalezas muertas, paisajes de campo y visiones playeras fue llegando a la síntesis más pura. Mis ojos se abrieron de golpe ante el microcosmos y pude penetrar así en la roca, en la corteza del árbol, en la veta de la madera, en los accidentes del muro viejo; mi tacto se fue enriqueciendo y comencé a sentir calidades infinitas. En ese preciso instante de milagro, comencé a meditar, revisando mi trayectoria, llegando a la conclusión sencilla y honesta de que para dar una palabra propia, que significara al menos la salvación de mis acariciados ideales de poner siempre el oficio al servicio de la inteligencia y de las ideas, yo tenía simplemente que comenzar a penetrar en mí mismo, en mis secretos, en esa signografía delirante que daba vivacidad a mis cuadros, o en esa materia sensal y potente que distribuía con pasión sobre la tela, no desmintiendo su pureza expresiva, su verdad desnuda. También tenía que recapacitar sobre la necesidad de mantener el color como elemento sonoro, autónomo, y vibrante, o si debía llevarlo al grado máximo de austeridad, emplazándolo como tono total, convirtiéndolo en la carne del cuadro, en un cuerpo animado con alma y huesos. La contestación no tardé en dármele luego de agitadas y extensas noches de angustia y desorientación. Comencé entonces, como dijo Pedro Figari de su propia obra, "a pintar de los pinceles para adentro"... Analicé meticulosamente cada trozo de mis obras, cada ritmo o gesto del pincel o la espátula, medí el calor de los colores, el espesor de las manchas, la intención y dimensión de los espacios y transparencias, y descubrí lentamente todo un inagotable pozo de posibilidades mías, propias, íntimas a desarrollar en un nuevo plan de confesiones ante mi paisaje, mi mundo, la humanidad en pos ya de una disertación escrita con

las visiones y experiencias que se habían ido sumando en ese Yo que ahora comenzaba a gritar con otra voz y otra seguridad. Me dije además, observando la obra de Antonio Tapies, que ese espacio dramático, por él resuelto y exaltado, debía ser animado con acontecimientos dinámicos en un regreso a una nueva forma de presencia, representada en el caso por los signos o la sugestión derivada del conjunto de intenciones allí incorporadas, con la pretensión de llegar a una pintura de sutil reencuentro con aquella paisajística de mis primeros pasos, pero encarada desde un otro fondo, dando el sentido de la tierra o de la piedra, o incluso de lo vernáculo o tradicional a través de la síntesis extrema. Estaba ya definitivamente en el informalismo. Y para conjugar esta nueva verdad le di vigencia a *la materia como materia, al signo como cicatriz, al tono como presencia corporal* y esa anécdota superada, que se reconstruye solo en la imaginación del espectador con sentimiento, o como diría Worringer en el "autogoce objetivado".

Aún me faltaba para establecer mi idea final darle a la obra el carácter que permitiera no confundirla con la de un pintor de otro mundo o de otra cultura. Y la solución vino también por la vía natural de mi ubicación mental y física en el continente, un continente al que aprendí a amar desde que nací, y por cuyas maravillosas formas culturales precolombinas sentí entrañable admiración. Penetré por fin en la magia de los signos y del color, me extasié ante el riquísimo diseño de los tejidos y cerámicas, me acerqué a sus ídolos de piedra y metales, me metí con el paisaje abrupto o llano de América, me abracé con el hombre de todas las clases que transita desde la Patagonia al Caribe, y por la vía de la idealización, desde mi ventana montevideana, desde un país sin esa tradición prehispánica, desde el país más pequeño y más europeo del continente, me propuse poner en marcha, toda esa procesión de sentimientos, despertados en la conciencia y en el subconsciente.

Quien se detenga a leer mis cuadros, a acariciar su materia, puede que sienta o intuya seguramente esa dirección anímica que me mueve desde hace tiempo a realizarlos. Unos dirán que les traen el recuerdo de añejas calizas, otros los vincularán a los idolitos del Tiahuanaco o San Agustín, algunos sostendrán que tienen el color de las playas del Este de mi país y todos o ninguno tendrán la razón si no comprenden en esencia que lo más importante es que el hecho plástico se haya conjugado, sabiendo cuales son las eternas reglas de la armonía. Deben comprenderlo por la vía de una postura abierta y sin prejuicios, que al final y sencillamente, esas telas son portadoras del mensaje y de la visión de un espíritu creador que vibra y dice a su manera, en un canto de cámara, el pensamiento que le vincula a su tiempo y a su geografía, en el amplio sentido del cosmos, el que incorpora al hombre y al mundo en una unidad.